

The background of the cover is a stylized illustration of a woman's torso and legs. She is wearing a dress with horizontal stripes of red, yellow, and green. Her face is obscured by a black oval containing the title and author's name. The overall style is reminiscent of mid-20th-century graphic design.

*Juan Eslava Galán*  
HISTORIA SECRETA  
DEL SEXO EN  
ESPAÑA



BIBLIOTECA  ROTICA

¿Sabía usted que, al parecer, el antecedente de la tradicional peineta es un moño en forma de pene erecto?

¿Imagina a teólogos y confesores recomendando la posición coital del misionero?

¿Le explicaron alguna vez que el reino godos se perdió por un pecado sexual y que Enrique IV mantenía una escolta de robustos sodomitas?

En este extraordinario libro, Juan Eslava Galán nos ofrece una versión rigurosa y a la vez divertida de la historia del sexo en España; una historia de braguetas, cuernos y corsés por la que desfilan, entre otros, alumbrados, concubinas y pecadores.

# CAPITULO UNO

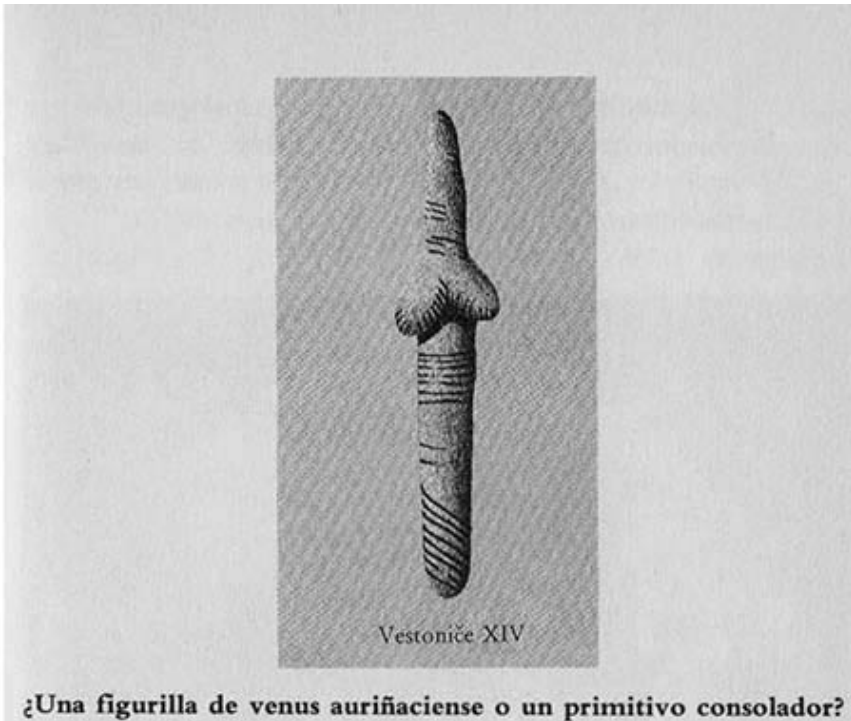
## Prehistoria

Nuestros remotos antepasados, en su adánica inocencia, se entregaban gozosamente al frenesí de vivir. Ni por un momento sospecharon que el sabroso fornicio fuera pecaminoso ni, por consiguiente, advirtieron mal alguno en la complacencia de los sentidos. Esto duró hasta que el cristianismo los sacó de su error y les mostró que el mundo que ellos pretendían convertir en lugar de esparcimiento y honesto recreo es, en realidad, un valle de lágrimas. No obstante, hasta que fueron evangelizados, nada les impidió entregarse al libre ejercicio de la gozosa coyunda que ellos, cándidamente, tenían por necesidad tan legítima como la de procurarse sustento.

Según los prehistoriadores, hace cosa de cuarenta y cinco mil años, en la horda paleolítica, imperaba una promiscuidad paradisiaca. Libres de normas y leyes, los hombres primitivos resolvían prontamente la perentoria calentura, sin dengues ni inhibiciones, aquí te cojo aquí te mato. Colijo que la damisela melindrosa sería tan desconocida como el verriondo salido. No obstante, interés por el sexo tuvo que haberlo, desde luego, pues se trata ya de ejemplares evolucionados del Homo sapiens. De hecho, en cuanto descubrieron que la preñez de la hembra era consecuencia del coito, veneraron como partes sagradas la vulva y el falo. Lo

atestiguan las vulvas dibujadas en el Abri Castanet y en la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias). Estas pintadas, lejos de ser obscenas, tienen un sentido puramente mágico, como receptáculo de la fecundidad, lo mismo que esas espléndidas figurillas de venus auriñacienses que podemos considerar el ideal de belleza femenino del hombre de Cromagnon: impresionantes glúteos, generosísimos pechos, pubis acogedoramente mollares. Al abate Breuil le parecían «realmente horripilantes». Algunas de estas figurillas tienen una forma y tamaño sospechosos, ¿no serían consoladores? Por supuesto que no. Rechacemos todo pensamiento malicioso. Es dudoso que en aquel tiempo existieran mujeres desconsoladas; lo más probable es que se trate de instrumentos ideados para la desfloración ritual. Algunos pueblos primitivos actuales los siguen usando para ese fin.

La aparición de la agricultura, en el Neolítico, originó interesantes rituales sexuales. Los celebrantes se metían por los sembrados y copulaban alegremente sobre el mullido surco para estimular la fecundidad de la tierra. La hierogamia, el apareamiento sagrado, es una forma de magia simpática. De aquí proceden no sólo Pan y todos los otros dioses libidinosos, sino las cristianas romerías de primavera y los retozos de mozos y mozas en eras y prados. Ya lo dice el sapientísimo refranero: «Ni fruta sin desperdicio, ni hombre sin vicio, ni romería sin fornicio». Causa consternación considerar que actos tan justificados y ancestrales no siempre hayan sido cabalmente entendidos por la autoridad competente.



Si damos crédito al geógrafo Estrabón, la vida de nuestros remotos antepasados debió ser bastante triste y desalentadora: vestían de negro, dormían en el suelo y se alimentaban de bellotas. Parece razonable pensar que uno de los pocos consuelos que les aliviaría tan lamentable existencia sería la jocosa coyunda, el joder alegrey rugidor. En caso necesario se masturbaban, como prueba la espléndida escultura ibérica de Porcuna (Jaén) que reproducimos en estas páginas. El catálogo oficial señala:

*Lo más sobresaliente de esta figura es el gran falo que sujeta fuertemente con la mano derecha. Es demasiado grueso y en él se aprecia parte del bálano y está claro que le ha sido practicada la circuncisión.*



La valoración negativa del calibre del instrumento es quizá desacertada. Tendríamos que haber sondeado la opinión del propietario de la pieza y de su pareja antes de atrevernos a descalificar tan rotundamente el carajo más antiguo del arte español.

Los bastetanos danzaban en corro promiscuas danzas de fertilidad que seguramente terminaban en revolcón. Es posible que parte de sus rituales consistiera en el apareamiento del rey con el animal totémico (una yegua, una cerda), representativo de la divinidad. Este animal era luego sacrificado y comido por la comunidad en una especie de banquete ritual.

También nos dice Estrabón que ya entonces mandaban las mujeres. En la cornisa cantábrica incluso se adornaban con un tocado fálico, especie de vistoso moño en forma de

pene erecto que sostenía el manto negro. Un evocador conjunto que quizá podamos considerar el más ilustre ancestro de las españolísimas peineta y mantilla. Este falo capilar se usó en el País Vasco hasta el siglo XVII a pesar de las reiteradas prohibiciones de los obispos.

La costumbre de aquellas recias tierras cantábricas que más espantaba al curioso viajero mediterráneo era la de la covada. Llegado el momento del parto, el marido se metía en la cama, comenzaba a sudar, engarfiaba las manos en sus imaginarias preñeces y se quejaba de dolores. La esposa, parturienta como estaba, lo atendía solícita y amorosa y así daba a luz, de pie, como si la cosa no fuera con ella. Esta probable supervivencia de usos neolíticos indoeuropeos se ha observado también en otros pueblos matriarcales, los indios iroqueses y algunas tribus caribeñas. Es posible que fuera un modo de reconocer la paternidad de la criatura, vaya usted a saber.

En la época en que los pueblos colonizadores aportaron a la península el beneficio de la cultura, los indígenas habían evolucionado y abrigaban ya el tabú del incesto (como refleja la mitología: Gargoris engendró en su hija un retoño y luego pretendió eliminarlo). Otro tabú establecido era el de la virginidad. En algunas tribus, la mujer debía conservarse virgen hasta el matrimonio; en otras, por el contrario, debido a influencias orientales, es posible que la virginidad se ofrendase a la diosa del amor. El ilustre Escipión, conecedor de estos miramientos, mantuvo intactas a las doncellas confiadas a su custodia y ello le granjeó la amistad de los caudillos indígenas.







**Anciana vizcaína con un tocado fálico, según grabado del siglo XVI.**

En Cádiz existió un templo dedicado a Astarté, la diosa fenicia del amor y de la fecundidad. Al igual que en Oriente, este culto implicaría cierta forma de prostitución sagrada, probablemente ejercida a la manera asiática, sobre lechos rituales profusamente decorados con escenas eróticas. Las devotas que acudían al templo ofrecían sus favores a los forasteros a cambio de un donativo que pasaba a engrosar el tesoro sacerdotal. Probablemente el sacerdote de Astarté desfloraría a las niñas con un cuchillo de oro, como se hacía en la metrópolis Fenicia.

### ***Roma la civilizadora.***

La conquista de la península por los romanos alteró la conducta sexual de la población sometida. Apresurémonos a decir que los hábitos sexuales de los romanos no eran tan disolutos como aparecen en el cine americano, o por lo menos no siempre lo fueron. Los primeros romanos, en la época republicana, cuando se produjo la conquista de España, eran un pueblo de severas costumbres más parecidas a las de la España autárquica de nuestra sufrida mocedad posguerrera que a la disoluta, orgiástica y jaranera Roma que nos transmite el tecnicolor.

Al igual que otros pueblos de la antigüedad, los primeros romanos sacralizaron los órganos sexuales, especialmente el falo, al que incluso consagraban alegres romerías primaverales, las *phalephoria*. Éste es el sentido de esos sorprendentes vestigios arqueológicos denominados her-

mas, unos pilares de piedra con un falo de notables proporciones en relieve. Son propiciadores de la fecundidad. Lo mismo cabe decir de los Príapos, dioses frigios de los jardines, o los *Phalés*, personificaciones del falo. Convertido en amuleto protector (*apotropaion*), el falo adoptó las más variadas funciones: lámparas, medallas, pebeteros, etc. A los sátiros o silenos, figuras silvestres relacionadas con la fecundidad de la Naturaleza, los representaban en posición itifálica, es decir, con el pene erecto. Esta familiaridad acabó perdiéndose cuando la sacralidad del falo dio paso a significados más mundanos, ya en la época imperial. Las fiestas del sexo eran las *lupercalia* (en torno al 15 de febrero, sorprendente coincidencia con nuestro Día de los Enamorados) y más adelante los *ludi* florales (sobre el 28 de abril). Se trataba de fiestas campestres, de contenido orgiástico, que han perdurado en el cristianismo, en los aquelarres medievales y en las mayas.

Los romanos casaban a sus hijas apenas habían alcanzado la pubertad, sin noviazgo previo, ordinariamente por acuerdo entre los padres de los contrayentes. «No sabemos hasta después de la boda —se queja Séneca— si la mujer que nos han endosado es mala, estúpida, deforme o maloliente». La esposa llegaba virgen, intacta, al tálamo nupcial, y aun santificada por el sacramento evitaba que el marido la viera desnuda. Tanto recato daba lugar a desagradables sorpresas como comprobamos en Horacio:

*¡Qué piernas, qué brazos! Pero no tiene culo, es nariguda y tiene poco talle y el pie grande.*

*De una señora, excepto la cara, nada puedes ver.*

A pesar de esta gazmoñería institucional, ciertas parejas avanzadas llegaron a dominar una depurada técnica amoratoria por procedimientos puramente empíricos, como viene a corroborar Plauto:

*Ahora, nuestros amores, costumbres, relaciones,  
bromas, juegos, conversaciones, dulcibesar,  
estrechos apretones de cuerpos enamorados,  
blandos mordisquillos en labios tiernos,  
achuchoncillos de las téticas tiesicas  
de todos estos placeres para mí y a la vez para ti.*

Pero las personas de orden copulaban a oscuras y de noche. Como es natural se detecta un cierto inconformismo de la parte del marido. Propertio, poeta del siglo I, advierte a su amada:

*Si te obcecas y te acuestas vestida  
probarás mis manos, que te rasgarán el vestido.  
Más aún, si la ira me lleva más lejos  
enseñarás a tu madre los brazos lastimados.  
Jugar no te prohíben las tetas que aún te cuelgan  
mientras el destino lo permite, saciemos de amor  
los ojos.*

Debido a la escasez de mujeres, la alta sociedad romana practicaba una especie de poligamia sucesiva, un poco al estilo de Hollywood. Séneca se quejaba porque muchas mujeres cambiaban de marido cada año y de que «hoy día se considera la castidad prueba de fealdad». Marcial viene a decir lo mismo: «Me pregunto si existe en la ciudad una mujer capaz de decir no. Las castas no dicen sí, pero tampoco dicen no». En los baños, donde antaño imperaba la rígida separación de sexos, se juntaban promiscuamente hombres desnudos y mujeres apenas vestidas con un sucinto taparrabos que apenas alcanzaba a cubrirles el *cunnus*. Si los hombres se emparejaban frecuentemente con sus esclavas, las mujeres no les iban a la zaga. Algunas damas de la alta sociedad senatorial llegaron a vivir en concubinato

con libertos u hombres de condición inferior con los que la ley les impedía contraer matrimonio.

En general, el romano sólo conoció tres limitaciones al libre ejercicio de la sexualidad: el adulterio, el incesto y el escándalo público. Como toda sociedad machista, la romana observaba una doble moral: la mujer gozaba de escasa libertad, pero el hombre podía hacer lo que quisiera, desde mantener una querida (*delicium*) a frecuentar prostíbulos. Sólo se censuraba la incontinencia del obseso sexual (*ancilla-riolus*) que no piensa en otra cosa que en solazarse con sus esclavas.

Los romanos no ignoraban las doce posturas del amor egipcias y griegas, pero dado que algunas de ellas parecen más bien ejercicios acrobáticos, preferían atenerse a las cuatro fundamentales: la «del misionero», cara a cara; la posterior *more bestiarum*, llamada *coitus a tergo* o «a la pompeyana»; la del «caballo de Hermes», con la mujer a horcajadas sobre el hombre vuelto boca arriba, lo que asegura una profunda penetración, «hasta la séptima costilla» en expresión romana un tanto hiperbólica, y la de costado, especialmente apta para compensar erecciones insatisfactorias. En cualquiera de estas posiciones apreciaban como metas muy deseables el recreo previo y la simultaneidad del orgasmo. Para ello Ovidio aconseja: «Cuando encuentres los puntos que a la mujer le gusta que le toques, no te impida el pudor tocárselos». Y más adelante: «Créeme, el placer venéreo hay que provocarlo insensiblemente con lenta tardanza (...) el gusto deben obtenerlo simultáneamente macho y hembra. Abomino de los coitos que no desmadejan a los dos».

La maestría en la lid venérea corresponde —según Ovidio— a gente experimentada y algo madura: «Estas ventajas no las concedió la Naturaleza a la primera juventud: suelen llegar rápidamente después de los treinta y cinco (...) el que desee tocar una Venus madura, con que tenga paciencia se llevará dignas recompensas». Lo que no quiere decir

que no existieran personas jóvenes expertas en el amor. «La muchacha rica —escribe Horacio— aprende pronto figuras de danza jonia y algunas artes de la lujuria».

Digamos unas palabras sobre estas artes de la lujuria, sin pretensión alguna de descubrir el Mare Nostrum. La felación (de *fellatum* que viene a su vez de *fellare*, chupar, mamar) fue singularmente practicada en Roma, como atestiguan su literatura y su arte. Tan divulgada estuvo que algunas mujeres la preferían a cualquier otra suerte amorosa. Unos versos de Marcial:

*No hay entre el pueblo ni en toda Roma, quien pueda demostrar que se ha jodido a Taide, aunque muchos la desean y se lo piden. ¿Tan casta es Taide?, pregunto. ¡Qué va! la chupa.*

El cuadro más estimado de la colección pornográfica del emperador Tiberio representaba precisamente a Atalanta practicando una felación a Meleagro. La destreza en la estimulación oral era una dote muy apreciada por el romano. Sin ir más lejos, parece ser que el secreto encanto de Cleopatra, la faraona que fascinó a Marco Antonio ya César, consistió en sus excelsas cualidades como felatriz. Ese atractivo, y no el de la nariz excesiva, fue lo que encandiló a los dos prohombres romanos.

La felación estaba considerada un arte oriental. Aristófanes y Luciano de Samosata la denominan «fenicianizar», es decir, hacer el fenicio. Nuestras compatriotas, las *puellae gaditanae*, tan admiradas por los crápulas romanos, debieron ser felatrices singularmente hábiles. En cuanto al *cunnilingus* (del latín *cunnum linguere*, lamer el coño) y el *anilingus* (de *anum linguere*), no estaban tan aceptados, aunque también fueron practicados. Veamos unos versos de Marcial:

*Devora por completo a las muchachas a media altura. Que los dioses te concedan, Filénide, tu propia mentalidad, tú que consideras viril lamer un coño.*

Cuando los cristianos tomaron el relevo en la dirección de la sociedad, la felación comenzó a adquirir mala prensa, como casi todo lo referente al sexo. Algunos padres de la Iglesia se horrorizaron con Tertuliano al considerarla una forma de antropofagia. Esos prejuicios han perdurado hasta nuestros pecadores días. Recordemos que en muchos prostíbulos de los años cuarenta existían carteles que advertían: «En esta casa no se hace el francés». Los cristianos tampoco aprobaron la socorrida masturbación, ya desaconsejada por los estoicos con razones puramente médicas, pues suponían que desarrollaba prematuramente el organismo de los jóvenes. Los cristianos fueron más lejos declarándola pecaminosa. Es posible que hubieran leído a Marcial: «Créete que eso que echas a perder con los dedos, Póntico, es un hombre».

La masturbación femenina se ayudaba a veces de un *olisbo*, artefacto de uso cotidiano en la antigua Grecia (Aristófanes en *Lisístrata* los llama «consoladores de viudas»). En Roma fueron a veces considerados sagrada imagen de Hermes-Príapo, al que las jóvenes desposadas ofrendaban su virginidad. En la novela *Satiricón* se menciona el *olisbo* como instrumento de castigo, untado de pimienta e introducido por vía rectal.

### ***Nada nuevo bajo el sol.***

El ideal de belleza femenino del romano evolucionó con el tiempo. Primero gustaba la mujer delgada, de pechitos pequeños pero duros como membrillos. Las damas de la alta sociedad dejaron de amamantar a sus hijos para evitar que